

El Aniversario de la Victoria

Por la importancia de las ideas que expone y de la fecha que conmemoraba, damos a continuación el discurso que a pedido del comité del comercio interaliado pronunció Leopoldo Lugones la noche del 11 de noviembre de 1919, en el banquete con que el comité festejó el aniversario de la victoria ganada sobre el imperio alemán.

Señores ministros de las naciones aliadas: Señores:

EL primer aniversario de la victoria que alcanzaron sobre la barbarie autocrática los pueblos libres, pareceme más propicio a meditación reconstructora que a la persistencia de aquel entusiasmo bajo cuyo arrebatado nos reunimos para desahogar con la improvisada elocuencia de nuestra propia emoción, el alma a la vez henchida de alegría y de lágrimas. Bastaba entonces dejarse arrastrar por la inspiración de todos, y el corazón se salía por la boca en palabras brillantes, como al árbol primaveral, con el calor de la estación, le revienta en flores la fuerza genuina.

Un año de meditación es mucho meditar. Un año como el que ha corrido, vale por diez para tan grave tarea. Por eso es que durante su transcurso hemos podido definir muchas otras cosas importantes, y con ello dignas de ser escritas.

Hemos comprendido desde luego que la alianza de la guerra imponía para el logro del fruto conseguido la cooperación de la paz. Que así en las relaciones exteriores como en la vida particular de cada país, no se puede gobernar sólo con la política. Que el gobierno necesita instituir al trabajo organizado en su permanente asesor, y que esta fuerza entra a influir tanto como la política, si no más, en la dirección del mundo.

Basta leer el tratado de paz, no sólo en lo concerniente al reconocimiento expreso de esta ya adquirida verdad, sino en sus cláusulas de reconstrucción, de organización económica y financiera, de garantías inmediatas y futuras, para comprender el predominio que alcanzan en él los intereses del trabajo. Reparación es la palabra que lo define; y como la destrucción fué tan grande, aquello tiene que comportar para los vencidos un duro deber. Ni tampoco lo es menos para los victoriosos. Lo que para aquéllos se califica de crueldad, es muy inferior a lo que éstos padecieron. Cuando se pretende que nadie lo pague porque fué culpa de todos, esta aparente equidad esconde una terrible injusticia. Media Francia

destruída, Bélgica y Serbia arrasadas, son cosas que nadie puede pagar porque en su horrenda magnitud no tienen precio. La quimera humanitaria que lo pretende, está, pues, satisfecha. Los daños irremediables, los millones de muertos, han alcanzado una irreparable igualdad. Pero los vivos tienen que vivir en la desigualdad de su condición diversa. No es posible que un pueblo cometa un crimen y quede impune sin perjuicio de la civilización. Si existe una conciencia nacional, existe una responsabilidad nacional. Y el concepto de patria no es otra cosa que una definición de aquella conciencia.

Peró la quimera humanitaria que declamos pretende convertir las consecuencias materiales de la guerra en un caso de filosofía. Para esto habríase requerido que el tratado lo compusieran los filósofos, y que en vez de ser las víctimas quienes se hicieran justicia se hubiese encomendado esta labor a los neutrales que no existieron. Porque éstos encargáronse ya de revelar que estuvieron de corazón con los vencedores.

Así el tratado tiene y exhibe la imperfección de la vida, en vez de manifestar la integridad de un perdón en que no pensaban los vencidos cuando se creían vencedores, ni sus cómplices encubiertos, que son los disconformes de hoy.

Y porque es así imperfecto el tratado, requiere todavía la colaboración de quienes estuvieron con la justa causa y reanima en los enemigos esperanzas de probable desquite.

Acabamos de ver sorprendida en los Estados Unidos una conspiración tramada en Alemania, bastante provista de recursos, según se ve, como para intentar en el exterior tan costosas aventuras. Levantan cabeza en el senado de la Unión los germanófilos, a quienes denunciara la insospechable

Dos Convivios en prensa

EN uno, las 32 *Poesías originales* de Fray Luis de León, según la edición del Padre Antolín Merino, y revisadas por don Federico de Onís. Con un retrato de Fray Luis.

En otro, varios *Artículos* del notable escritor mexicano José Vasconcelos. Colaboración directa.

Ambos libritos interesan por igual a quien guste de las altas y bellas letras.

palabra del presidente Wilson. El socialismo, fiel agente de la autocracia germánica para todas sus labores de espionaje y de traición, alza bandera contra la iniquidad del tratado que no supo evitar impidiendo la guerra como se jactaba de poderlo hacer. Aquí mismo, entre nosotros, la obra ha recommenzado ya, dirigida por una orden monástica extranjera que la enmascara con el nacionalismo, cuyo verdadero nombre es «militarismo antiliberal»; y la ejecución de la empresa se inaugura con un cargamento de oficiales alemanes o sea los únicos emigrantes inaceptables y sopechosos. Porque les conocemos la tendencia, y sabemos que no han de venir sino regimentados, y con propósitos naturalmente militaristas. Ya antes de la guerra y ahora mucho más sin duda, el propósito pangermanista era convertirnos en un Canadá germánico.

Todo esto tiene el propósito de expresaros que cometeríais un grave error si creyeráis que vuestra misión ha concluído. Trabajadores de primera fila, esforzados iniciadores de actividad fecunda en muchos casos, vuestra honrada vinculación al país me da derecho para hablaros con la franqueza de un compatriota. Ya lo sois en la vida civil, puesto que tenéis con nosotros iguales derechos. Y yo no vería inconveniente alguno, antes muy grande beneficio, en que todo extranjero que se ganara la vida honradamente, conociera las primeras letras y hablara el idioma del país, tuviese también los derechos políticos.

Pero no voy a insinuaros que hagáis política. Yo tampoco la hago, y no había de salir recomendándola como el fraile disoluto del sermón.

Quiero deciros solamente que a mi entender os reserváis demasiado. Que pensáis demasiado en el gringo de la patriotada chocarrera, y así enseñáis a vuestros propios hijos falsas nociones de caviloso extranjerismo. Os presentáis como más materialistas de lo que sois en realidad, se os tiene por exclusivos ganadores de dinero y vuestra obra de trabajadores cuenta como factor nacional, pero no como elemento patriótico.

Claro está que yo no quiero sacar al comercio de su actividad natural. Lo que me propongo es decirle solamente que puede amplificarla con provecho para todos, y ejercerla con propósitos más altos que el lucro estrictamente actual.

Graves problemas económicos preocupan en este momento a algunos, aunque a todos debiera ser.

La crisis universal del carbón podría motivar estudios concernientes a la parte que en ella nos toca y que redundaría en colaboración utilísima. El problema del envase vincúlase estrechamente a la explotación de nuestros